

ALMUDENA GRANDES
TODO VA A MEJORAR
Nota final de Luis García Montero

1 Creación

El Gran Capitán comprendió antes que nadie que el coronavirus iba a cambiarlo todo.

Juan Francisco Martínez Sarmiento acababa de estrenar apodo. A los cuarenta y siete años recién cumplidos, había culminado una carrera profesional meteórica con dos nombramientos casi simultáneos. En la tercera semana de 2020 se había convertido en el director ejecutivo de una gran empresa energética, líder nacional en renovables, y en el vicepresidente mejor valorado para suceder al presidente de la CEOE. Tenía motivos para sentirse orgulloso de sus logros porque no sólo destacaba entre los grandes empresarios españoles por su inteligencia, equiparable a una audacia que rayaba con la temeridad. También llamaba la atención por sus orígenes. Más allá de la fortuita eufonía de sus apellidos, no había heredado nada de sus padres. Tercero entre los cinco hijos del propietario de una ferretería del barrio de Tetuán y de una señora dedicada a sus labores, había tenido que luchar como una fiera por cada beca, por cada puesto, por cada ascenso. Hasta ahora. Porque precisamente ahora, cuando ya no tenía la necesidad de apostar, de jugarse la vida en cada movimiento, todo se estaba yendo al carajo.

—¡Qué putada!

Se levantó de la butaca de su despacho, su lugar predilecto para pensar, y fue al salón a ponerse otra copa. Su mujer, uno de sus galardones más valiosos, tal vez el más exquisito, hija

única de un banquero de provincias que acertó a vender en el mejor momento a una gran banca nacional, veía la televisión tendida sobre una *chaise longue* estilo Imperio, naturalmente auténtica, tapizada en terciopelo amarillo. El Gran Capitán se detuvo en el umbral de la puerta para admirarla a distancia. Cuca era un emblema viviente de la aristocracia natural que la mejor crianza imprime en unos pocos elegidos. Nadie que la mirara con ojos de chaval de barrio, la avidez plebeya que él se había esforzado en conservar bajo su ceño de águila real hecha a sí misma, podría creer que esa muchacha de piel de melocotón, lánguida y esbelta, admirablemente proporcionada bajo un mono ajustado de seda de color burdeos, tuviera cuarenta y un años, que hubiera parido tres hijos, que no hubiera nacido rubia. Él lo sabía, pero en momentos como aquel, le gustaba complacerse en el equívoco.

—¡Hola! —el ruido de los cubitos de hielo al chocar con las paredes de cristal tallado le llamó la atención, y se incorporó a medias para mirarle con un alboroto de mechas doradas de dos tonos distintos, el secreto de una ficción perfecta—. Corre, ven a ver esto...

El Gran Capitán se acercó a ella y contempló una imagen insólita, otra más. En la puerta de un hospital de Leganés, un policía nacional cantaba con un megáfono el improvisado himno de la resistencia contra el virus ante medio centenar de sanitarios que grababan la escena con sus móviles al otro lado de la calle, en las escaleras de acceso al edificio. El policía tenía buena voz, era alto, apuesto, la ovación fue unánime.

—Es emocionante, ¿verdad? —su mujer le dedicó una sonrisa ingenua, la más auténtica de su repertorio—. Con lo mal que lo estamos pasando...

—Claro —¿tú?, se preguntó mientras la besaba en la cabeza, ¿lo estás pasando mal tú, Cuca?—. Me vuelvo al despacho.

Unos policías municipales usando la megafonía de sus coches patrulla para contarles un cuento distinto cada noche a los niños que estaban encerrados en sus casas. Dos guardias civiles

subiéndose en una grúa de los bomberos para llevarle una tarta de cumpleaños y un ramo de flores a una anciana que vivía sola en un séptimo piso. Y ahora, por si faltaba algo, un policía nacional cantando el *Resistiré* delante del Severo Ochoa.

—Pero ¿esto qué coño es? —exclamó después de cerrar la puerta—, ¿el puto ejército soviético?

Eso era, en realidad, la parte más pequeña de un problema inmenso. Durante las últimas décadas, con la connivencia de partidos grandes y pequeños, más o menos corruptos, los pares del Gran Capitán habían logrado convencer a los españoles de que la iniciativa privada era la única receta capaz de crear riqueza y prosperidad. El emprendimiento, esa palabra ridícula, se había puesto de moda hasta el punto de que muchos parados, pobres incautos, habían invertido sus indemnizaciones en montar negocios destinados al fracaso. Pero sobre muchas ruinas diminutas se había edificado un crecimiento económico tan espectacular que ya nadie recordaba a los cenizos que amargarón el ingreso de España en la Unión Europea advirtiéndole que el país iba a convertirse en un territorio dependiente, sin industria, sin recursos propios, un gigante con pies de barro, el frágil coloso del ocio y el turismo. El coronavirus les había dado la razón. Los pies se estaban agrietando. El gigante se caía a pedazos. El Gran Capitán mismo había escuchado la intervención de su hijo mayor, trece años, en un debate escolar telemático sólo una semana antes. ¿Qué nos ha enseñado el coronavirus?, era la pregunta. La importancia de la sanidad pública, del estado del bienestar, la necesidad de sostenerlo a toda costa, había sido su respuesta, aplaudida con calor por el resto de sus compañeros, alumnos todos de un colegio privado, carísimo, evidentemente inútil. Pero lo peor estaba por llegar.

El Gran Capitán renunció a un tercer whisky, cenó en silencio, rumió sus inquietudes sin prestar atención a los dos episodios reglamentarios de la serie que su mujer había elegido aquella semana y se metió en la cama para no dormir. Sabía que no iba a pegar ojo porque había comprendido antes que nadie que

su historia había terminado. El capitalismo no daba más de sí. El planeta no daba más de sí. El crecimiento no daba más de sí. La sociedad de consumo no daba más de sí. No se habían limitado a matar la gallina de los huevos de oro. La habían degollado, triturado, despedazado para comérsela viva, para beber su sangre y masticar sus huesos. Todo iba mejor que bien, pero el mundo globalizado de las superautopistas de la información y las redes planetarias no había logrado impedir que un chino cocinara un pangolín al que había mordido un murciélago, o al revés. No se había enterado mucho porque le daba lo mismo. Si no hubiera sido un murciélago, habría sido otro bicho. Sería otro bicho la próxima vez.

—Esto se ha acabado, Cuca —ni siquiera se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta—. Estamos atrapados, no tenemos salida.

—¡Ay, Juan Francisco! —ella le regañó con una hebra de voz pastosa, más cerca del sueño que de la vigilia—. Cállate y déjame dormir.

La dejó dormir. La dejó incluso roncar mientras daba vueltas y vueltas en la cama, sin encontrar ni un resquicio de luz en su destino. Hasta que sin previo aviso, en un momento cualquiera de una madrugada que se le estaba haciendo eterna, se estremeció de miedo. Su pijama de algodón egipcio era ya un charco de sudor frío cuando reconoció una idea que, como las mejores, había encendido la luz roja del pánico dentro de su cabeza. Intentó pensar en otra cosa y no pudo. Se resignó a desarrollarla y las piezas empezaron a encajar tan perfectamente que llegó a oír el sonido, clac clac clac, que hacían al engranarse en un mecanismo delicado, peligrosísimo. Era una apuesta casi suicida, como todas las que le habían llevado desde una ferretería de Tetuán hasta el dormitorio principal de una mansión de Somosaguas. Era una maravilla, una melodía armónica, y frágil, y brillante, y difícil, y compleja, sublime como una pequeña sinfonía magistral. Mientras la escuchaba, se dejó arrullar por sus acordes y empezó a bostezar. Durmió menos de

tres horas, pero se levantó con una energía que le hizo dudar de su verdadera edad.

—¿Qué me dijiste anoche? —Cuca frunció el ceño en el desayuno, y él sonrió—. Creo que era algo importante, pero no me acuerdo.

—Que el capitalismo era un sistema agotado, eso te dije —cogió otra napolitana para celebrarlo—. Que el ciclo se ha acabado y nada volverá a ser como antes.

—¡Qué tonterías dices, Juan Francisco! —ella negó con la cabeza, le apretó un brazo, le habló con la misma dulzura que habría empleado con un niño enfurruñado—. Esto pasará, como todo, ya lo verás. Y antes de lo que crees.

El Gran Capitán besó a su mujer. Sabía que la mayoría de sus colegas, casi todos, le habrían respondido lo mismo que ella, pero no se preocupó.

Dios había creado el mundo en siete días y él iba a necesitar un poco más de tiempo.

2 La evolución de la política

Fueron años.

Cuando se decidió a dar el primer paso, su hija menor se había iniciado ya en el arte de las mechas doradas bajo la experta tutela de su madre. Entretanto, habían pasado muchas cosas y no había pasado ninguna.

Se habían celebrado diversas elecciones, generales, autonómicas, anticipadas, en plazo. El poder había cambiado de manos varias veces, pero la alegría de los sucesivos vencedores duraba cada vez menos. Mientras la polarización ideológica seguía desgarrando las instituciones, la desconfianza de la ciudadanía respecto a la política no había parado de crecer, incentivando el desprestigio de la democracia misma. La nueva normalidad había llegado a convertirse en normalidad a secas para llenar de gente los vagones de metro y los campos de fútbol, pero cuando los españoles creían haber dejado atrás la experiencia del confinamiento, una nueva pandemia volvió a encerrarlos en sus casas. La crisis fue más breve, aunque la economía, que no se había recuperado por completo del primer golpe, se tambaleaba como un boxeador sonado, incapaz de andar en línea recta, cuando todo volvió a empezar. Sin embargo, unos pocos empresarios, los que habían sabido diversificar a tiempo sus inversiones, salieron ganando.

El hombre conocido ya como Gran Capitán hasta en los periódicos, seguía siendo el presidente de la compañía eléctrica líder en renovables, había trepado hasta la cima de la CEOE,

había sido invitado a formar parte del consejo directivo de la patronal europea. Pero, además, entre pandemia y pandemia, había comprado una compañía de plásticos especializada en mamparas de metacrilato, otra de material sanitario, y la patente de unos trajes de protección de tejido refrigerante y ultraligero, rematados por unas escafandras transparentes con un sistema de renovación de aire, que sustituyeron muy pronto a los viejos EPIS en los hospitales de varios países. Su mujer le había regañado por gastarse una millonada en tonterías, pero durante la que pasaría a la historia como Segunda Pandemia se forró, y eso era sólo el principio. Cuando su hija decidió que de mayor iba a ser rubia, ya le había echado el ojo a un laboratorio farmacéutico, pero pensó que lo mejor sería empezar por el principio.

—¿Puedo preguntarte qué es lo que quieres hacer exactamente?

—Todavía no —levantó la mano para llamar al camarero y sonrió—. Más adelante...

Ella respondió con una pequeña carcajada y él estuvo seguro de que había acertado.

Cuando la llamó por teléfono para citarla a media tarde en la cafetería de un discreto, tranquilo hotel de lujo, la había visto pocas veces, pero recordaba su nombre. Nunca habría podido olvidarlo, porque se llamaba Megan García. Su físico, a cambio, era intercambiable con el de cualquier otra chica insignificante, más baja que alta, más gorda que delgada, gafas redondas de montura fina, media melena de pelo castaño, ni ondulado ni absolutamente liso, y ningún atractivo particular. Era tan corriente que, al verla por primera vez, le asombró que se comportara como la pareja de Borja Álvarez de Nosequé, el joven campeón de bádminton y aspirante a la presidencia del PP que había convocado a un selecto grupo de empresarios para explicarles su programa. Él parecía tenerlo todo para triunfar. Guapo, alto, atlético, estaba muy bien situado en las encuestas de las primarias, pero el Gran Capitán advirtió a tiempo que jamás abriría la

boca antes de que Megan le autorizara con la mirada. Porque aquella chica, tan vulgar en todo salvo en su nombre, era la única que sabía qué estaban haciendo allí. Ella se encargaba de todo, desde los discursos del candidato hasta la lista de sus invitados, sus gustos, sus afinidades, al lado de quien convenía o no sentarlos a una mesa. Conocía mucho mejor que Borja las fortalezas y debilidades de sus rivales, los porcentajes a los que cada uno podía aspirar en cada provincia, las estrategias más convenientes para ganarse el favor de los medios de comunicación. El Gran Capitán apostó a que él se pegaría un trazo irremediable en el instante en que ella le soltara de la mano, y acertó. Después de quedarse en blanco varias veces durante el primer debate, su candidatura se desinfló como un globo pinchado. La última vez que los vio juntos ya no reparó en los centímetros, de altura a favor de él, de anchura a favor de ella, que los separaban. Lo único que le llamaba la atención era que una chica tan lista como Megan García hubiera podido enamorarse de un memo como el campeón de bádminton.

—Una vez te pregunté por qué no te presentabas tú a las primarias, ¿te acuerdas?

Muchos años después, ella repitió su respuesta con una sonrisa.

—Y yo te dije que, para empezar, no soy del PP.

—Sí. Y me dijiste además que no te gustaban los focos, que preferías trabajar en la sombra.

—Exacto —a partir de ese instante le miró de otra manera, como si acabara de adivinar que él iba a proponerle algo que le convendría aceptar—. ¡Qué buena memoria!

En la fase del café con pastas, antes de pasar a los gin-tonics, el Gran Capitán había indagado discretamente en la situación de Megan y había confirmado que la información que poseía sobre ella era buena. Su relación con Álvarez de Nosequé apenas había sobrevivido a la carrera del candidato. Ahora tengo que replantearme mi vida, buscar otro camino, soltar lastre... Lo comprendes, ¿verdad? Lo que ella comprendió fue que era

un pedazo de hijo de puta aprovechado y sin escrúpulos. Decírselo a la cara le procuró cierto consuelo, porque la ruptura le estaba doliendo más de lo que a ella misma le parecía admisible. Creía que era demasiado inteligente como para haberse hecho ilusiones, pero cuando estas se rompieron pudo reconocer, uno por uno, cada pedazo. Además, los efectos colaterales del abandono de Borja, empleador antes que novio, representaron una catástrofe de la que no se había recuperado todavía. Por él había dejado un trabajo en el que no la readmitieron, se había mudado a un piso cuyo alquiler no podía pagar, se había visto obligada a volver a casa de sus padres más allá de los treinta años y, mientras intentaba abrirse paso como *coach* sin demasiado éxito, porque todo el sector sabía que había dejado tirada a su empresa de un día para otro cuando le dio la ventolera de enamorarse de un político, iba resistiendo con pequeños encargos y trabajos sueltos. Que el Gran Capitán supiera, sólo tenía un ingreso fijo, quinientos miserables euros que le pagaba cada mes Mónica Hernández, una profesora de Historia para la que su madre trabajaba como asistente desde hacía décadas, y que la había contratado a tiempo parcial como documentalista para su canal de YouTube. El típico alarde de caridad disfrazada de solidaridad progresista, pensó él. Una mierda.

—Necesito una asesora que sepa moverse y trabajar en la sombra, Megan —el Gran Capitán desplegó sus cartas antes de probar su copa—. Tengo un gran proyecto, cuyo desarrollo necesitará varios años de trabajo, pero no me importa esperar. Tampoco sé si tendrá éxito, pero estoy decidido a invertir en él todo el dinero que haga falta.

—¿Un partido político? —sugirió ella, con una chispa de excitación en los ojos.

—Un partido político, sí —él asintió con la cabeza mientras se felicitaba en silencio por el acierto de haberla elegido—, pero esa es la parte más fácil.

No estaba diciendo toda la verdad. Montar un partido político no era muy difícil, él lo sabía porque había intervenido

en la creación de algunos, pero estaba pensando en algo diferente, una organización que desbordaría en muchos aspectos la naturaleza de los partidos convencionales y cuya singularidad sembraría el camino de obstáculos. Después de pensarlo mucho, había llegado a la conclusión de que no le quedaba más remedio que recorrerlo. El Gran Capitán no era el único hombre poderoso dispuesto a tomar las riendas de un país europeo. La mayoría de sus colegas de Bruselas estaban meditando iniciativas que a simple vista se parecían a la suya, pero, hasta aquel momento, ninguno había logrado eludir del todo la fascinación por los totalitarismos clásicos, un charco en el que él no tenía la menor intención de meter los pies. Juan Francisco Martínez Sarmiento no era enemigo de la democracia, al contrario. En su opinión, un sistema estable que facilitara la alternancia en el poder y cultivara la fantasía de la efectiva soberanía popular propiciaba la mejor coyuntura posible para ganar dinero. No pretendía convertirse en un caudillo, mucho menos someterse a otro, y estaba convencido de que el fascismo no representaba una solución, sino una amenaza. El poder no le atraía como proyecto personal. Lo concebía como una simple herramienta para ganar tiempo, un instrumento imprescindible para empezar a curar las heridas del planeta, para salvar lo que merecía la pena de la economía existente, para sentar las bases de una nueva versión del capitalismo que garantizara un crecimiento distinto, duradero. Fundar un partido fascista no supondría una gran dificultad. La creación del que él había planeado desembocaría antes o después en un rompecabezas, pero, pese a sus complejidades, la vertiente política de su proyecto le inquietaba menos que otras.

—También estoy interesado en iniciativas de otra índole, sectores en los que no tengo experiencia y donde necesitaría la ayuda de alguien más joven que yo. Busco una persona inteligente, creativa, permanentemente disponible, que sepa guardar secretos, que esté dispuesta a correr ciertos riesgos y que tenga la ambición suficiente para afrontar grandes responsabilidades

a cambio de una compensación que resolvería el futuro de sus hijos... —hizo una pausa para mirarla y sonrió—. Yo diría que incluso el de sus nietos. Y llevo algún tiempo preguntándome si podrías ser tú.

—No lo dudes.

Megan García tampoco dijo toda la verdad, porque comprendió a tiempo que la sinceridad representaba un riesgo superfluo. Aquel hombre sabía tantas cosas sobre ella que ni se le ocurrió sospechar que su alusión a los hijos que aún no tenía hubiera sido gratuita. Le agradeció incluso la elegancia de no mencionar su vida sentimental. Tras su fracaso con Borja, Megan había aceptado la oferta de reconciliación de su novio de toda la vida, una decisión que a ratos le parecía sabia, realista, acertada, a ratos una patética derrota. Más allá de los adjetivos, incluso de los sustantivos, estaba satisfecha del resultado.

El día que escuchó la propuesta del Gran Capitán, Megan García estaba embarazada de tres meses. El día que fue a conocer la oficina donde trabajaría durante varios años, en temas que nadie podría adivinar al leer la placa atornillada en la puerta, ya había comprendido por qué su jefe no le había dado importancia a su estado.

Cuando sus primeras gestiones alcanzaran un éxito completo, su hijo tal vez habría abandonado ya la guardería para empezar a ir andando al colegio.